



NACIONALIDADES. — NOTICIA HISTÓRICA

1830. 29 Noviembre, insurrección de Varsovia y de Polonia.
1831. 3-17 Febrero, motines en Módena, Bolonia, etc. — 13 Febrero y 16 Septiembre, trastornos en París. — 8 Septiembre, toma de Varsovia.
1832. 21 Mayo, Mehemet-Ali toma San Juan de Acre. — 21 Diciembre, derrota del ejército turco en Konieh.
1833. Agitación en Vendée y en Lyon. — 8 Julio, tratado de Unkiar-Skelessi, que entrega los estrechos turcos á Rusia.
1834. 9-13 Abril, insurrección de los Canuts en Lyon y matanza de la calle Transnonain en París. — Tentativa de Mazzini en Saboya.
1835. 28 Julio, atentado de Fieschi. — Octubre 1836, Luis Napoleón en Estrasburgo.
1839. 12 Mayo, trastornos en París. — 24 Junio, Mehemet-Ali es vencedor de los Turcos en Nezib.
1840. 6 Agosto, Luis Napoleón en Boulogne. — Las potencias intervienen en Oriente. — 11 Septiembre, bombardeo de Beirut.
1841. 13 Julio, un tratado internacional entrega los estrechos á la Puerta.
- 1843 á 1845, múltiples sublevaciones en Italia.
1846. 18 Febrero, motín en Cracovia; jacquería en Galizia.
1848. 3 Enero, motín en Milán. — 29 Enero-15 Febrero, los Napolitanos y los Toscanos obtienen una Constitución. — 10 Febrero, motín en Munich. — PARÍS, 24 Febrero, Revolución;

- 23-26 Junio, jornadas de guerra civil; 10 Diciembre, Luis Napoleón elegido presidente.
1848. CONFEDERACIÓN: 2-7 Marzo, movimientos en Stuttgart, Munich, Hannover, Francfort, Hamburgo, Carlsruhe, Mannheim, Heidelberg, etc.; constituciones acordadas en Sajonia-Weimar, Nassau, Hesse-Darmstadt, etc.—VIENA: motín el 13 de Marzo; estado insurreccional durante algunos meses; el emperador huye el 15 de Mayo y el 7 de Octubre; ciérrase el período revolucionario por la toma de Viena el 1.º de Noviembre. — BERLÍN: los días 18 y 19 de Marzo se lucha en las calles de la capital prusiana; un ministerio liberal vivió hasta Noviembre. — PRAGA, sublevada el 19 de Marzo, es tomada el 17 de Junio.
1848. MILÁN: los Austriacos son expulsados el 19 de Marzo; después de la batalla de Custoza, 24 Junio, Radetzky recupera su posesión el 7 de Agosto. — VENECIA se subleva el 22 de Marzo; la República, proclamada el 9 de Agosto, subsiste durante más de un año. — SCHLESWIG: 24 Marzo, los Alemanes expulsan las autoridades dinamarquesas; en Abril, el ejército prusiano restablece el orden. — Abril-Mayo, insurrección de los Polacos de Prusia. — ROMA, 19 Noviembre, huida de Pío IX.
1848. FRANCFORT: 30 Marzo, reunión del pre-parlamento. — 14 Abril, aparecen partidas revolucionarias en Donauschingen; el país de Baden permanece en ebullición durante quince meses. — 18 Mayo, primera sesión del parlamento alemán. — 10 Julio, armisticio entre Prusia y Dinamarca, provocando de rechazo en Francfort el motín de 18 Septiembre.
1848. HUNGRÍA: Abril-Mayo, sublevación de los Servios, Croatas y Rumanos contra los Magyares; hostilidades desde Junio. — 29 Septiembre, primera batalla entre Austriacos y Húngaros; 31 Diciembre, éstos evacuan Budapest.
1849. 27 Febrero, derrota de los Húngaros en Kapolna; 6 Abril, victoria en Godollo, el 9 en Vacz y el 19 en Nagy-Sarlo; 21 Mayo, los Húngaros recuperan la fortaleza de Budapest; 17 Junio, entrada de los Rusos en Hungría; 28 Julio, los

- Húngaros proclaman al fin la igualdad de las razas; 11 Agosto, Gœrgei se convierte en dictador y capitula el 13 en Vilagos.
1849. 9 Febrero, ROMA proclama la República; los Franceses desembarcan en Civita-Vecchia el 24 de Abril y, á pesar del motín del 13 de Junio en París, toman Roma el 30 de Junio. — FLORENCIA se revoluciona desde el 16 de Febrero al 25 de Mayo. — 23 Marzo, los Austriacos derrotan á los Piamonteses en Novara. — 1.º Abril, toma de Brescia y matanza.
1849. 28 Marzo, el rey de Prusia es elegido emperador de Alemania por el parlamento de Francfort; rehusa el 28 de Abril. — 20-30 Junio, combates en el país de Baden. — 23 Julio rendición de Rastadt, el 27 Agosto de Petrovaradin, el 28 Agosto de Venecia, el 27 Septiembre de Komorn.



LAS NACIONALIDADES

La palabra «socialismo» la entienden todos como «la lucha por el establecimiento de la justicia entre los hombres».

CAPÍTULO XVIII

REVOLUCIÓN DE 1848 EN FRANCIA Y EN EUROPA.
 SONDERBUND. — SOCIALISMO Y SOCIALISTAS. — JORNADAS DE JUNIO.
 LUCHAS EN ALEMANIA. — INSURRECCIÓN HÚNGARA.
 SUBLEVACIONES EN MILÁN, VENECIA Y ROMA. — IMPERIO.
 CUESTIÓN DE ORIENTE. — GUERRA DE ITALIA.
 LA CHINA Y LAS POTENCIAS. — LOS TAIPINGS.
 TRANSFORMACIÓN DEL JAPÓN. — LA EUROPA EN INDO-CHINA.
 INSURRECCIÓN DE LOS CIPAYOS.

EL cambio político al que la historia ha dado el nombre sonoro de «Revolución de 1848», merece, en efecto, ser puesto de relieve entre los acontecimientos del siglo XIX. Si los resultados aparentes fueron poco duraderos, al menos en Francia, donde estalló la chispa del incendio; si el derrumbamiento del trono representativo de la burguesía francesa dió lugar en menos de

un año al restablecimiento de un estado de cosas que, de hecho, era el imperio napoleónico, la sacudida, por haber ocurrido en un período en que el mundo se hallaba en muchos países en una situación de equilibrio muy inestable, se propagó rápidamente de reino en reino hasta extenderse á todo el mundo. Jamás la solidaridad, consciente ó inconsciente de los pueblos, se había manifestado de una manera más evidente; jamás se había sentido mejor que la vida de la humanidad civilizada batía siguiendo el mismo ritmo. Apenas desembarcó el rey Luis Felipe en Inglaterra, donde tantos republicanos perseguidos por él le habían precedido en aquel país de destierro, fué á unírsele el viejo Metternich, genio viviente de la contra-revolución europea, y poco después el rey de Prusia hubo de comparecer humildemente ante su pueblo de Berlín y pedirle perdón con la cabeza descubierta, por haber faltado á sus obligaciones de soberano constitucional.

De rechazo, Alemania y las provincias no germánicas que gravitaban á su rededor se hallaron más profundamente conmovidas que Francia: en este país, donde la cuestión de la unidad nacional no había ya de ser discutida, nadie agitaba la idea de federación, mientras que el voto unánime de todos los Alemanes se dirigía á la constitución de una gran patria sustraída á la dominación y á la rivalidad de los Estados directores, Austria y Prusia. El caos á que se llamaba la «confederación germánica» había sido embrollado por esos dos «malos pastores» y por los diversos príncipes y principúlos entre quienes se hallaba repartido el imperio. El conjunto de los territorios se complicaba por *enclaves* y *desclaves* entremezclados, que hacían del laberinto de los Estados y de sus próximas ó lejanas dependencias un dédalo conocido solamente de algunos especialistas. La falta de unidad política determinada había producido la formación de gran número de pequeños centros, de focos independientes que conservaban su carácter original á cada parte de la comarca; pero las líneas divisorias entre los diversos Estados quedaban confusas y sin precisión alguna. Sin embargo, á cualquier pequeño principado que se perteneciera, y aunque se viviera en paz, en rivalidad ó en guerra, la nacionalidad alemana permanecía fijada por la lengua originaria: el Bávoro se tenía por Ale-

mán como el Sajón, el Austriaco del Danubio era tan Germano como el Westfaliano del Ruhr ó del Wesser.

Una vez borrados todos los antiguos límites geográficos por las vías de comunicación y las grandes concentraciones urbanas, se halló que Alemania estaba naturalmente, en su misma esencia, mucho más unida que los países vecinos artificialmente unificados. El conjunto, á pesar de sus divisiones políticas, presenta un cuerpo más espontáneamente nacional que la misma Francia, desde Bretaña á Provenza y desde la Flandes liliense al país Vasco. La extrema diversidad política de los Estados alemanes podía suscitar un juicio equivocado sobre el hecho de la unidad profunda de las poblaciones, pero el primer acto de la revolución general fué proclamar la unidad del mundo germánico. A este respecto, el movimiento popular se acercó á la obra deseada mucho más que lo hizo después el imperio alemán reconstituido. Según la Constitución que votó por entusiasmo el «parlamento preparatorio» de Francfort, todos los Estados de lengua alemana se unían por un lazo federal y se hacían representar en Francfort por una asamblea salida del sufragio universal: el indigenato pertenecía de derecho en cada parte de Alemania á los naturales de todos los Estados; todas las aduanas interiores quedaban suprimidas; las monedas, los pesos, las medidas se hacían comunes; el ejército y la armada debían proceder en lo sucesivo de la gran patria. Verdad es que esas decisiones no fueron sancionadas por la realidad, y sólo dieron lugar á una vana ostentación, porque las revoluciones se emprenden por dos veces y no alcanzan su objeto sino por vías indirectas.

Al mismo tiempo que los Alemanes, las diversas nacionalidades oprimidas por el reino de Prusia ó por el imperio de Austria,



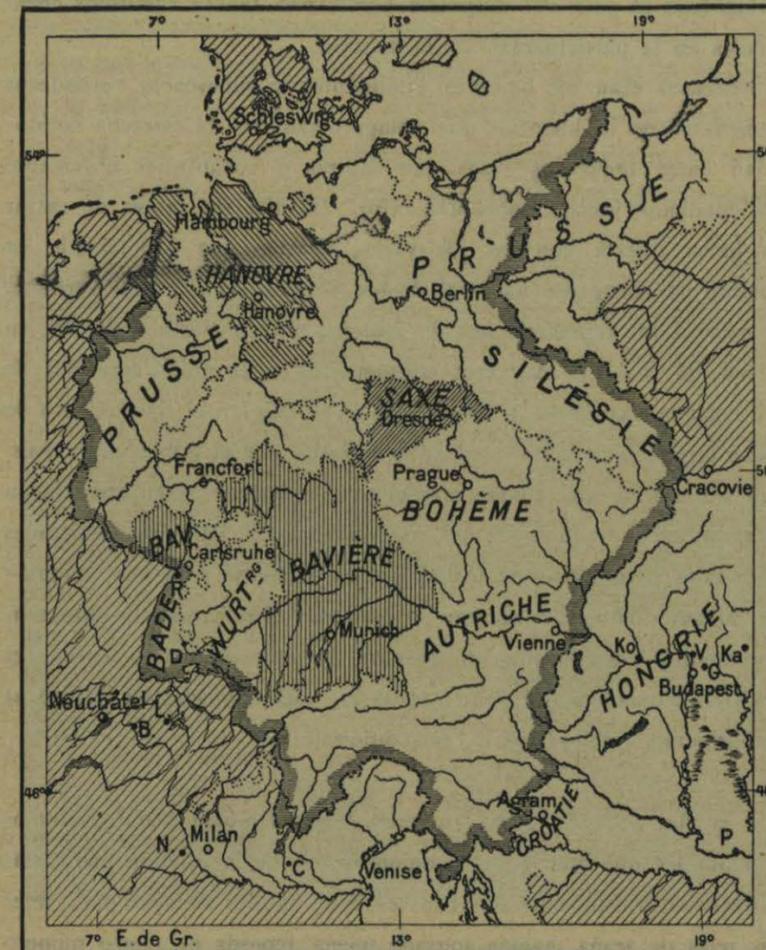
Museo Carnavalet.
FUSIL-PARAGUAS
DE GUARDIA NACIONAL

Tcheques, Polacos, Rutenos, Eslovenos y Eslovacos, Croatas, Italianos y Rumanos, y por último y principalmente los Magyares, reivindicaban su independencia con ardor. Pero los sentimientos se entremezclan á veces de manera extraña, y aquellos mismos que más se quejaban de la injusticia con ellos cometida por sus opresores, juzgaban natural hacerse obedecer por pueblos de otras razas y de otras lenguas. Los más celosos patriotas que impulsaban á la rebeldía á los habitantes germánicos del Holstein y del Schleswig, se indignaban contra las pretensiones de Dinamarqueses, Polacos ó Bohemios que querían librarse del yugo alemán.

Precisamente entonces las poblaciones eslavas reposaban después de una terrible guerra civil. Mientras los Polacos de la Poznanía trataban sin éxito de sublevar los campesinos para la reconquista de su independencia nacional, los campesinos de Galizia, de origen ruteno, se armaban con sus hoces para perseguir á los señores polacos, odiados como propietarios, y se calcula en dos mil el número de nobles y de clérigos que asesinaron. La dominación de Prusia y de Austria sobre las provincias polacas anexionadas se consolidaba tanto más cuanto mayores eran los odios tradicionales que dividían á los súbditos. Debido á esas disensiones locales, el gobierno austriaco pudo suprimir la autonomía política de la república de Cracovia, último resto de lo que fué el poderoso Estado de Polonia (1846).

En Austria, en Hungría y en la Eslavia del Sud se produjeron fenómenos análogos á los de los países polacos, pero en mucho más amplias proporciones. El caos de las nacionalidades se agitaba en aquellos países en remolinos de movimientos desiguales y contrarios. En la misma época Praga, Viena, Pest y Zagreb (Agram) estaban en insurrección; no había ni una aldea del sudeste de Europa hasta las puertas de Stamboul que no estuviera sublevada ó poseída de la febril esperanza de alguna gran transformación. Es indudable que si todos los oprimidos de diversas razas hubieran sabido concederse sus derechos mutuos y reunirse contra el opresor común, hubiesen triunfado de los gobiernos tradicionales, aplazando para después el arreglo equitativo de sus diferencias; pero los odios sociales, más vivos aún que el amor de la libertad y de la autono-

N.º 446. Confederación germánica.



1 : 10 000 000
0 100 250 500 Kil.

El rayado horizontal limita la Confederación germánica (1820-1866), cuyo único órgano común era la Dieta residente en Francfort, que reunía los delegados de 36 Estados: Austria, Prusia, Baviera, Sajonia, Hannover, etc.

Los países dependientes de monarcas alemanes, pero que no formaban parte de la Confederación, están en blanco en el mapa: Prusia del Trans-Oder, Hungría, Croacia, Lombardía, etc.

Los puntos abiertos indican las ciudades donde se produjeron sublevaciones en 1848 (véase *Noticia histórica*, pág. 141); los puntos negros son en su mayor parte lugares en que se dieron batallas: C = Custozza; N = Novara; D = Donauschingen; R = Rastadt; Ka = Kapolna; G = Godollo; V = Vacz y Nagy-Sarlo; P = Petrowaradin; Ko = Komorn; B = Berna; L = Lucerna.

mía política, impidieron esa unión. Los señores magyares y polacos, habituados al mando y al goce de la fortuna, no podían admi-

tir que sus campesinos rumanos, servios, croatas ó rutenos, que vivían bajo el peso del desprecio hereditario, fuesen admitidos como iguales en la participación de la victoria.

Escasos eran los hombres inteligentes y generosos, verdaderos intérpretes de la historia, que comprendían que la estrecha solidaridad entre todas las razas que aspiran á constituirse libremente era condición indispensable del éxito. Se dice que antes de entrar en lucha abierta con los Magyares, el patriarca Raietchitch, en nombre del Congreso nacional de los Servios reunido en Karlovic, propuso á los representantes de Hungría un concierto amistoso, en virtud del cual los Magyares consentirían en la unión fraternal de los Eslavos austriacos, mientras que éstos exigían el llamamiento de todas las tropas eslavas empleadas en Italia por el gobierno de Austria y negociar una alianza con el pueblo italiano, comprometido á la sazón en la gran lucha del *Risorgimento*¹. Pero las ambiciones nacionales predominaron: los Magyares quisieron á la vez conquistar su autonomía y conservar su dominio. No habían llegado aún los tiempos para la solución natural, la única normal y lógica, es decir, la federación libre entre todas las nacionalidades de la Europa sud-oriental, desde Praga á Constantinopla.

En la pequeña Suiza tuvieron lugar también acontecimientos memorables que atestiguan la omnipotencia de la opinión contra las convenciones diplomáticas. Los jesuítas, hábiles siempre para tejer sus telas de araña, habían logrado buena acogida en cierto número de cantones y apoderarse de la educación de los niños en Lucerna y otras ciudades católicas. Siendo inteligentes para negociar, se habían creído también con fuerza para combatir, y bajo su patronato se había constituido la liga del *Sonderbund* — «Alianza distinta» —, que comprendía los siete cantones católicos de Schwitz, Lucerna, Uri, Unterwalden, Zug, Friburgo y Valais (1846). Después de largas vacilaciones y temporizaciones, el resto de Suiza acabó por aceptar el desafío y triunfó de las bandas que dirigían los clérigos. La campaña duró pocos días (Noviembre 1847) y co-

¹ A d'Avril, *La Servie chrétienne*, p. 77.

gió desprevenidos á Metternich, Guizot y otros ministros, que hubieran prestado ayuda á la religión. Sin embargo, la diplomacia europea hablaba todavía de intervención, cuando se tuvo noticia de la nueva revolución que acababa de estallar en París. Al día siguiente, 29 de Febrero, los ciudadanos de Neuchatel se desembarazaron del personaje que gobernaba el cantón en nombre de Prusia, y, á pesar de toda la diplomacia de Europa, hacían reconocer su independen-



Cl. J. Kuhn, edit.

LAGO DE LOS CUATRO CANTONES
Rama meridional, vista desde el Este.

cia política y la abolición de todo señorío feudal prusiano. Tales acontecimientos tuvieron por resultado dar á Suiza mayor unidad política, pero en detrimento de las autonomías locales. Se había roto el poder de los jesuítas, pero en beneficio del Estado: la confederación de los Estados se había convertido en un Estado confederativo.

En Italia, como en Suiza, la Revolución había comenzado ya á conmover el pueblo de diversas provincias, en Lombardía, en Sicilia, antes que el rumor de París se oyera al otro lado de los Alpes;

hasta la actitud casi liberal de un nuevo papa, Pío IX, había atraído las miradas hacia Roma con la espera de un cristianismo regenerado que conduciría los pueblos libres y confiados hacia una era de justicia y de libertad.

Cuando la gran sacudida de Febrero trastornó todo el mundo oficial en Europa, el movimiento italiano se hizo inevitable; Venecia se hizo libre y republicana, y el rey de Cerdeña, Carlos Alberto, se vió obligado por la opinión pública á declarar la guerra á Austria, so pena de verse envuelto en el derrumbamiento de su trono. Fué aquella la época del *Resorgimento*, de la «Resurrección»: en algunas semanas y casi sin combate, Italia había llegado á ponerse en condiciones de reivindicar su unidad política, ideal antes sustentado por algunos hombres generosos, pero cuya realización no pudo ser jamás intentada. Desde los primeros días del conflicto entre los revolucionarios italianos y las guarniciones austriacas, éstas se vieron obligadas á evacuar Milán y las otras ciudades de la Lombardía occidental, focos por excelencia del patriotismo unitario, donde se había visto á los fumadores formar una liga para abstenerse de fumar tabaco austriaco, y á las jóvenes, olvidadas de los «amantes de Verona», asociarse por juramento para renunciar de antemano á todo amor con enemigo ó compatriota indiferente á las reivindicaciones nacionales. Tan grande era el ardor del sacrificio, que los mártires no se contaban ya y el cambio de equilibrio político era reconocido como inevitable por los conservadores más extremados; mas, por su parte, ¿no se condenaban de antemano los ardientes Italianos á un movimiento fatal de reacción, confiando la gerencia de sus derechos y el cuidado de su emancipación á enemigos naturales, á dos soberanos, el papa y el rey?

El rechazo de la revolución de Febrero apenas se hizo sentir en España, tan acostumbrado se hallaba el país á las conmociones de la guerra civil; en tanto que á pesar de su aislamiento tradicional, las islas Británicas fueron sacudidas por el movimiento de ondulación general. Se agitó el pueblo, y el Parlamento hubo de rodearse de un verdadero ejército; hasta en Irlanda se llegó á la franca rebeldía, condenada previamente á un lamentable fracaso, porque los Irlandeses, debilitados por una opresión varias veces se-

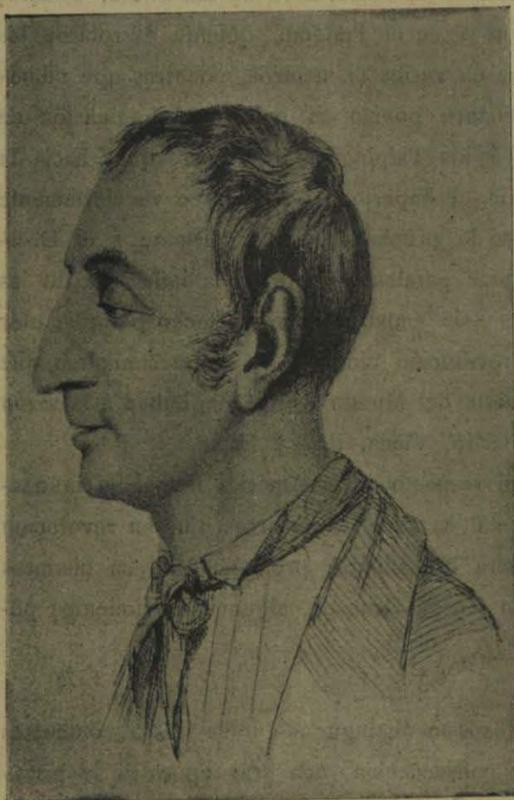
cular, y además privados de toda fuerza física por el hambre, apenas sabían manejar sus palos y caían exangües á las orillas de los caminos.

Y cosa admirable, el rechazo de los acontecimientos de Europa fué más importante en consecuencias en la India lejana y en Extremo Oriente, y unos autores ingleses atribuyen á la resonancia de las revoluciones de Occidente la sublevación de los Sikhs, establecidos alrededor de Lahore y en el Pendjab, quienes derrotaron los ejércitos de la Compañía en varios encuentros, mientras que numerosas huelgas de Cingalios ponían en peligro la dominación de Inglaterra. En cuanto á los Taipings de la China, que, hacia la misma época trastornaron el imperio del Medio, se ve ciertamente en su formidable impulso la prueba de que el Oriente y el Occidente comenzaban á vibrar paralelamente bajo la influencia de las mismas profundas causas; sin embargo, ningún hecho permitía unir directamente esa gran revolución china á los acontecimientos que hacia la extremidad opuesta del Mundo Antiguo agitaban á la sazón las ciudades de París, Berlín, Viena, Pest y Milán.

No sucedía lo mismo respecto de la América latina: la influencia moral de Francia es tal en aquellas comarcas, que su revolución conmovió en gran manera los ánimos, produciéndose en distintos puntos, especialmente en Nueva Granada, algunos movimientos políticos.

La revolución de 1848 se distingue de todas las revoluciones anteriores, y señala, en consecuencia, una gran época de la historia, porque, al menos en Francia y en Inglaterra, es decir, en los dos países que habían ya realizado una primera evolución política contra la monarquía, el movimiento tomó un carácter muy preciso en el sentido de una transformación social. La Revolución de 1789 no tuvo más ideal que el triunfo del Tercer estado, es decir, la burguesía, y la obra, en su conjunto, era debida á los propietarios del suelo y de las casas, á los industriales, á los comerciantes, á los artesanos preferidos, á los hombres de las profesiones liberales; el pueblo sólo había servido de comparsa, había aportado sus instintos de multitud, sus entusiasmos, sus cóleras; pero en 1848 fué

el obrero, el trabajador el autor principal de la revolución; quizá no conoce la palabra «socialismo», que es de invención reciente y de la que algunos escritores se disputan la paternidad, pero la hace entrar en la historia dándole su verdadera significación, que no tiene nada de abstracta y que todos interpretan como la «lucha por el establecimiento de la justicia entre los hombres».



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

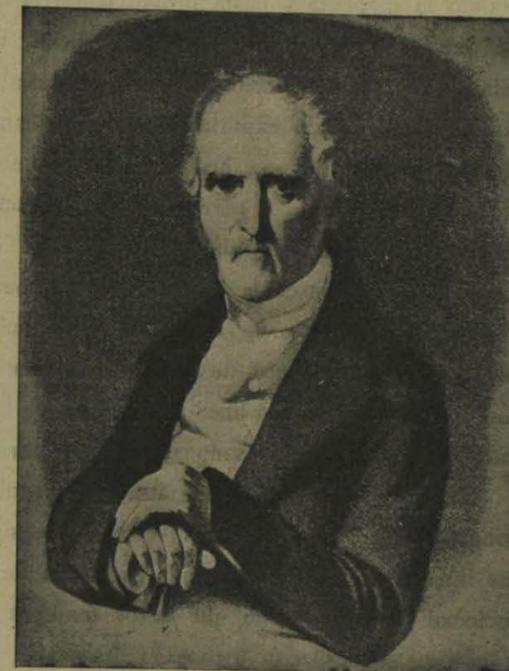
SAINT-SIMON (1760-1825)

¡La justicia! se le había proclamado solemnemente medio siglo antes bajo el nombre de «Derechos del Hombre», y hasta se había añadido el grito de fraternidad á la proclamación de esos derechos. Desde aquella época parecía haber llegado el tiempo de la realización de aquel ideal, considerando que se habían inventado numerosas máquinas para aliviar el trabajo humano, y que por los procedimientos de la división del trabajo se había aumentado mucho la producción;

pero, lejos de ver mejorarse su situación en proporción de los progresos mecánicos de la industria, los trabajadores se hallaban, por el contrario, en condiciones cada vez peores, porque la introducción de la máquina en la manufactura permitía al patrón escatimar los salarios de su material humano. ¿Qué importaba al trabajador verse oficialmente revestido de sus derechos, si carecía del de vivir?

He ahí por qué acogió con entusiasmo la ocasión de reivindicar

sus derechos. Las escuelas socialistas, ya muy numerosas á la sazón, habían hecho bellísimas promesas desde una veintena de años á la fecha: se les intimó su cumplimiento. Según relaciones de la época, presentóse en el Hotel de Ville, ante los miembros del gobierno provisional, una diputación de obreros, quienes, en un bello rasgo de generosidad, ofrecieron «poner tres meses de miseria al servicio de la República». París y la Francia entera tuvieron entonces nobilísimos rasgos, y el tipo de los hombres del 48, tal como ha quedado en la memoria de las generaciones siguientes, es el de un valiente y de un sincero, de figura luminosa y simpática, de barba ondulante, palabra ardiente, que se exaltaba con sus propios discursos de amplios períodos, más inspirados en una gran



Museo del Luxemburgo.

CARLOS FOURIER (1772-1837)

confianza en el porvenir que fundados en razonamientos sólidos sobre la realidad de las cosas. El hombre del 48 fué realmente bueno, y, durante las primeras semanas que siguieron á la revolución se pudieron sentir nuevamente las grandes emociones de fervor y de alegría revolucionaria que los entusiastas sintieron al principio de la Revolución francesa. Los extranjeros acudían en multitud á París: Carlos Dickens, para no citar más que un ejemplo, se ejercitaba en escribir en francés, la lengua republicana, que declaraba quería hablar en lo sucesivo.

Sin embargo, los hombres no se alimentan solamente de pala-